

Pero aun al interior de cada sección se descubre el eclecticismo, y así, en esa misma primera sección, el lector encuentra, en cuanto al aspecto temático, desde alusiones al infierno dantesco (erudición) (*Escalera*, págs. 17-18), hasta elaboradas descripciones que remiten a la infancia proustiana<sup>1</sup> o referencias a la violencia colombiana con cierto ambiente de desolación tropical característico del "Mutis-mo"<sup>2</sup>.

En general, los poemas de esta obra tienen sobre todo la peculiaridad de ser ejercicios imaginativos, en los que, más que el advenimiento espontáneo de lo estético, se nota la intención de hacer poesía. Tal ocurre en poemas como *Balcón*, *Pared*, *Visita a un asilo de locos* o en aquel en el cual el poeta encuentra, supuestamente por azar, una maleta vieja en una casa de antigüedades, y esta maleta, que termina comprando, le sirve de pretexto para la evocación (págs. 29-31):

Además, esta intención se percibe con mucha claridad en el uso recurrente de las imágenes retóricas, lo cual puede entenderse como un afán de mostrar que se está haciendo literatura. Porque *Visitación del hoy* está colmado de imágenes y de recursos retóricos, como la enumeración enfática del poema anterior o de *Escalera* (pág. 17):

...El infierno  
parece siempre próximo: esa  
[subterránea  
estación de metro, aquel café en  
[un segundo piso,  
la azotea donde cuelgan ropas  
[medusas  
tan desencarnadas como el alma  
[medieval...

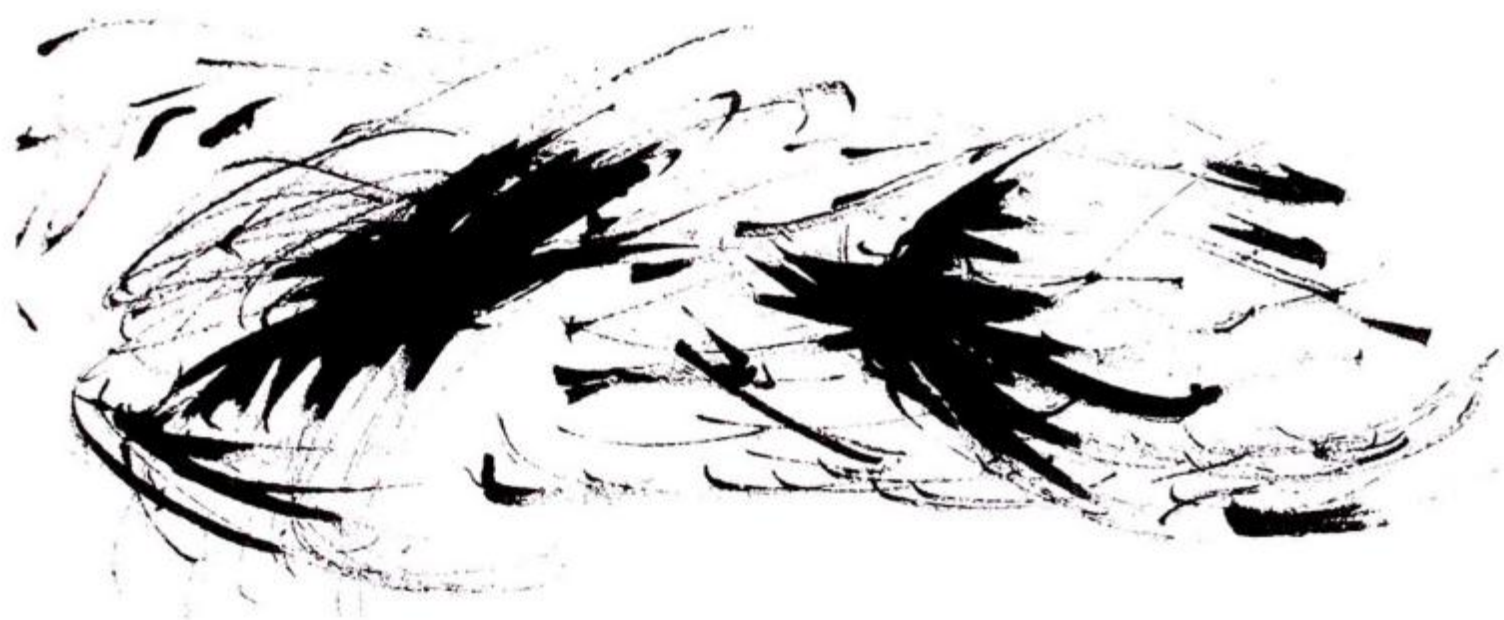
Y encontramos, especialmente, en buena parte de poemas similares interesantes (el balcón está suspendido en el aire como "una frase a medio terminar" o "como una península se

Una figura retórica, a mi modo de ver, debe fluir, ser precisa en el poema; es decir, debe notarse, sobresalir, mas no tanto que se pueda aislar totalmente de él, pues, en este caso, el hallazgo tiende a ser más un *haikai* que, si además es muy sugestivo, bien valdría la pena dejar suelto, como poema único.

Otra forma de manifestar esta pretensión, la hallamos en los epígrafes, tomados de poetas modernos representativos de varias lenguas (francés, inglés, alemán e italiano). Es como si el autor olvidase frecuentemente esos humildes y lúcidos versos finales de su *Poética*:

...En la sola  
promesa de algo que no sabe  
y que acaso ya tiene,  
[humildemente,  
el hombre escribe.

ANTONIO  
SILVERA ARENAS



Piensas en resguardar allí, [en la  
[maleta]  
de tu propia conciencia del  
[deterioro,  
de la aduana del tiempo,  
la caricia paterna derramada  
[sobre tu mano,  
el primer verso que pudiste  
[repetir  
sin confiscarlo al libro con la  
[lectura  
porque ya hacía parte de ti,  
la primera mujer que se  
[prolongó al alba,  
la última vez en que el  
[crepúsculo  
fue color y belleza y no  
[presagio...

interna en el mar"), pero que en ocasiones pueden parecer gratuitos, innecesarios, a pesar de su ingeniosidad, como los que aparecen en el poema *Imágenes del suburbio* (págs. 52-53):

En la diluida luz de la tarde  
ponemos a secar nuestra  
[memoria [...]  
y como una camisa limpia  
recupera el color de la leyenda...

Entrego mi sombra a la noche  
como se devuelve un préstamo...

Esta clase de imágenes tiende a dañar la poesía, por su ostentación.

1. Tal el hermoso poema de las páginas 25-26, donde el poeta utiliza como pretexto la descripción de unos niños que miden sus fuerzas entre los extremos de una cuerda para evadirse a su interioridad.
2. Así, la segunda parte del poema *Magdalena Medio* tiene un comienzo digno de cualquier novela o poema de Álvaro Mutis: "La muerte espumea en la garganta del caimán, / samán, vaho de manigua desbravada..."

## Las poetisas del romanticismo

**Las sacerdotisas: antología de la poesía femenina de Colombia en el siglo XIX**

Héctor H. Orjuela (compilador)

Quebecor Impreandes, Bogotá, 2000,  
131 págs.

Aun cuando me parece demasiado optimista hablar del boom de la producción investigativa, literaria o poética de las mujeres, es evidente que ellas se están haciendo visibles en la palabra y la escritura y que su producción es de una enorme fecundidad e interés para quienes quieren



descubrir ese otro lado del mundo, ese lado femenino que se quedó tanto tiempo silenciado y oculto. Durante siglos las mujeres fueron representadas y expresadas por hombres que no podían sino describirlas desde sus fantasías. Todas éramos mujeres de fantasía, de la fantasía de los hombres... Hoy, las mujeres están accediendo a la palabra y escribiendo desde sus imaginarios y sus vivencias particulares. No todas, claro; muchas todavía toman la palabra desde los imaginarios dominantes, es decir, desde los imaginarios patriarcales. Pero muchas otras están descubriendo el goce de una escritura capaz de reflejar sus diferencias existenciales enriqueciendo así la cultura con nuevas voces y volviéndola por fin incluyente.

Florence Thomas

Es totalmente maravilloso que hoy en día las mujeres puedan escribir algo sobre sí mismas como lo que dice Florence Thomas sobre su escritura, en el epígrafe que he escogido para esta reseña del libro de Héctor Orjuela *Las sacerdotisas: antología de la poesía femenina de Colombia en el siglo XIX*. Hace apenas unos cuantos decenios las mujeres ni escribían, ni se miraban a sí mismas, ni se pensaban a sí mismas, y si lo hacían era rompiendo todo esquema, en un arranque supremo, porque nadie las alentaba a hacerlo. Por eso mismo, es también maravilloso que, pese a todas las dificultades para pensarse, para escribir sobre ellas mismas y desde ellas mismas, algunas mujeres de otras épocas (y aun de ahora) se atrevieran a incursionar en el mundo de la palabra, un mundo dominado básicamente por los hombres, en el que ellas tenían que abrirse paso casi a empujones y en el que las espaldas de los patriarcas se juntaban apretadamente para constituirse en un estrecho e impenetrable cerco.

En varias ocasiones se ha señalado (véanse, Lilian Faderman, Maya Angelou, Alice Walker, Monserrat Ordóñez, por ejemplo) que uno de los puntos centrales en lo que tiene que ver con la escritura femenina es la búsqueda de la propia voz. De acuerdo con este planteamiento, se

parte del hecho de que las mujeres no han tenido una voz propia (suya, voz de mujer) y que, cuando la han tenido, esta voz ha sido más bien un murmullo apenas audible. Encontrar la propia voz es una metáfora que hace referencia al hecho de que las mujeres deben encontrar su propio ser, construirse a sí mismas y por sí mismas, dejar de estar definidas en relación con el hombre, el varón, el macho (recordemos aquí otra metáfora famosa: el nacimiento de Eva a partir de la costilla de Adán).



Muchos críticos de arte, y específicamente de literatura, niegan que exista eso que se llame "voz de mujer". Alegan que la escritura no tiene género (femenino/masculino), que simplemente se es escritor/a y que, si la obra es buena, da igual que la haya escrito un hombre o una mujer, que el arte está más allá de estas superfluas [sic] consideraciones. Para este tipo de crítica no existen temas de mujeres, estilos de mujeres, preocupaciones de mujeres. El arte se considera neutro y, hasta cierto punto, aséptico en lo que al tema de perspectiva de género se refiere. Otros críticos más opinan que sí hay

temas de mujeres, estilos de mujeres, etc., pero que éstos son, en cierta forma, inferiores a los de los hombres: para ellos, las mujeres escritoras son demasiado intimistas, demasiado prosaicas, demasiado subjetivas, demasiado personalistas, demasiado emocionales... Su escritura, en los pocos casos en que es bien mirada, se asimila a la escritura infantil: se la tolera como una bagatela pero se la sabe imperfecta, inacabada, por el simple hecho de haber sido escrita por una mujer que es tan inconclusa como se pretende que son los niños...

Obviamente, no hay aquí espacio suficiente para refutar en profundidad estos argumentos. Sin embargo, sí vale la pena subrayar algunos aspectos que son los que hacen que textos como *Las sacerdotisas...* se conviertan en obras tremendamente valiosas y que forman parte de un movimiento de la crítica y de la investigación literaria que apunta a sacar a la luz obras que han estado escondidas por mucho tiempo y que han de servir de inspiración y fuente de conocimiento para otras que están por venir.

Uno de esos aspectos es el hecho de que históricamente las mujeres han sido obligadas a permanecer en el ámbito de lo doméstico, y sus posibilidades de cultivarse, de ingresar masivamente a los sistemas educativos formales era algo totalmente inédito hasta hace poco más de un siglo (en los países llamados desarrollados, porque en los países en desarrollo no creo que haga más de cincuenta años). Las mujeres no leían, no estudiaban filosofía, no aprendían literatura, y esto hacía que sus posibilidades de expresarse por medio de las artes del pensamiento y/o la escritura fueran bastante limitadas. Para escribir hay que leer a otros/as, hay que formarse, de la misma manera que para tocar un instrumento hay que interpretar a otros/as. Se puede tener talento natural, pero esto no basta. Los pares, es decir, aquellos que practican como uno un mismo arte o disciplina, ciertamente son los mejores maestros/as para uno.



Otro aspecto: si las mujeres no podían escribir, pues las pocas que lo hacían tampoco tenían muchas posibilidades de publicar y... ¿qué es un escritor/a que nadie ha leído? Por supuesto, en el acto de escribir hay implícitos una gratificación personal, un exorcismo, una catarsis, un ejercicio que tiene que ver con la propia construcción, pero escribir es, esencialmente, un acto comunicativo en el que se forman conexiones con el/la lector/a, ese receptor con el que se dialoga, para el que se existe... Claro, uno puede ser un/a escritor/a muy bueno/a, pero si nadie lo/la ha leído es posible que no crezca mucho. Por lo demás, por un solo acto de multiplicación, algo que toca a muchos es seguramente mucho más importante que algo que sólo toca a una persona.



Un aspecto final: puesto que muchos críticos son tan dados al cientificismo (esa manera de ver el mundo según la cual las mediciones empíricas son tan importantes), sería bueno que examinaran, clasificaran y compararan lo que escriben hombres y mujeres. En la mayoría

de los casos encontrarían que los temas son distintos porque las experiencias son distintas. En la mayoría de los casos verían que el estilo es distinto porque la sensibilidad es distinta. En la mayoría de los casos comprobarían que los puntos de vista son distintos porque las subjetividades son distintas (un ejemplo sencillo: pongan a una mujer y a un hombre a narrar un mismo evento en el que ambos hayan participado y saquen sus propias conclusiones)...

*Las sacerdotisas...* es, en este contexto, una muy buena contribución a la búsqueda de la voz de las mujeres. Como dice Héctor Orjuela en la introducción, "la escritura poética femenina en el siglo XIX es prácticamente desconocida y esta antología [...] aspira a contribuir al rescate y estudio de un valioso legado literario [...] que inexplicablemente [sic] permanece ignorado". Para encontrar nuestra propia voz, las mujeres tenemos que reconocer la voz de otras, escucharla cuidadosamente, desentrañar sus tesituras, comprender la partitura. En este sentido, los textos recopilados por Orjuela son un gran soporte para la investigación, como lo es también el hecho de que se tomara el trabajo de incluir una breve nota biográfica de cada una de las escritoras y unas cuantas referencias bibliográficas que seguramente enriquecerán el trabajo que sobre éstas y otras escritoras hagan futuros/as investigadores/as.

Entre los textos recopilados se encuentran verdaderas joyas. No todas resplandecen por las mismas causas: algunas de las escritoras incluidas en esta antología son muy buenas artesanas, otras abordan temas que casi hacen saltar las lágrimas por lo atrevido de hacerlo en dichas épocas, otras son precursoras de tiempos por venir, otras expresan sentimientos que conmueven, otras son rebeldes, otras son irónicas, entre otros resplandores.

Creo que el esfuerzo de Héctor Orjuela por dar a conocer la escritura de las mujeres colombianas de otros siglos es muy loable y complementa muy bien los trabajos hechos

por otras/os investigadoras/es como Paloma Pérez, Soledad Acosta de Samper y María Mercedes Jaramillo, para mencionar sólo una cuantas. Estoy segura de que sus aportes enriquecen no sólo la historia de la literatura si no el campo de la investigación y, lo que es aún más importante, seguramente contribuirán a cambiar el paradigma de la cultura patriarcal, cuyos resultados dejan mucho que desear.



Para terminar, oigamos la voz de Silveria Espinosa de Rendón (Sopó, 1815-1886), incluida en esta antología, quien proclama, adelantándose a su época, lo siguiente:

*Alarmado El Mensajero / va diciendo a las naciones / que las damas, / a pesar del mundo entero, / en vez de zurcir calzones / están escribiendo dramas. // Y al entenderlo El Heraldito, / va dando la voz de alerta, / repitiendo en cada puerta: / ¡No habrá quien cosa las medias! / ¡No habrá quien nos guise un caldo / si hacen las damas comedias! // Y luego El Eco, pasando / el ancho mar clamoarea: / ¡Ya no hay mujer que no sea / literata / mil dramas están forjan-*



do, / y esta epidemia nos mata! // Y en medio de la plegaria / la noticia funeraria / va corriendo / y desde el niño de escuela / hasta el galante Orihuela, / van diciendo: // Si estas nuevas no son bolas / de la gente, no bajan de cien las damas / españolas / que están escribiendo dramas / actualmente. // Mas si está de enhorabuena / nuestra escena, / los varones / en vez de trajes de gala / debemos vestir crespones / que estamos de enhoramala. // ¡Señor! Por tus cinco llagas, / reprende a ese sexo impío, / pues si da en hacer comedias / ¿quién, Dios mío, / nos remendará las bragas / y las medias? // Mas, ¡oh tendencia dañina, la tendencia femenina! / ¡Un placer / es el que halla en rebelarse, / en replicar y obstinarse, / en el mal toda mujer! // Llegó a los Andes la nueva, y las buenas hijas de Eva, / al oír / tan alarmante noticia, / con refinada malicia, / se pusieron a reír. // Y al saber que los varones / gasas de duelo y crespones / vestirán; / y que a Dios piden reprenda, / castigue, si no hay enmienda, / a las biznietas de Adán, // piden papel y tintero, / y llaman al cancionero / alfaquí; / y por mostrar cuanto le odian, / sus mismos versos parodian / bien o mal, diciendo así: / Si estas nuevas no son bolas / de la gente, si pasan de cien las damas / españolas / que están escribiendo dramas / actualmente, // cuando está de enhorabuena / nuestra escena, / despechados los varones, / en vez de trajes de gala, / ¿quisieran vestir crespones / y enviarnos a enhoramala?... // ¡Señor! Por tus cinco llagas / da por esposa al impío / que nos vede hacer comedias, / una que sólo, Dios mío, / le sepa zurcir sus bragas / y sus medias! // Una que viva a su lado, / sin hablar de otros asuntos, / que de ese asunto elevado, / portentoso; / de esa ciencia de los puntos / de las medias de su esposo. // Una que odie las comedias, / como a diabluras de magas, / que hacen poner en olvido / el encanto de las medias / y las bragas / de su di-

choso marido. // Una que nunca le diga / ni en verso ni en linda prosa / las palabras que prodiga, / con angélica dulzura, / una esposa / al dueño de su ternura. // Una lindísima prenda, / sin alma ni entendimiento, / un jumento / que conozca su sendero, / y los goces no comprenda / de la pluma y el tintero. // Da, Señor, a los varones, / que deploran la manía / de las damas, / en vez de negros crespones, / esposas de cafrería / que no hagan versos ni dramas. / Mas, al que acepte contento / los versos de las mujeres, / da una linda compañera, / que prefiera / al brillo de su talento / la gloria de sus deberes.

¿Y no tienen una voz las mujeres?

MIRIAM COTES BENÍTEZ

## Situaciones donde la palabra sea necesaria

### Antología poética

Eduardo Gómez Patarroyo

Los Libros de la Frontera, Barcelona, 2000, 127 págs.

La poesía colombiana es bastante desconocida en España, a excepción de unos pocos poetas que, en medio de la guerra que está sufriendo el pueblo colombiano, han conseguido cierto reconocimiento, pero no deja de ser minoritario, en un país donde se dice que hay tantos poetas que no resulta extraño encontrarlos haciendo toda clase de oficios. Una de las anécdotas que contaba Rafael Alberti es la de su primer viaje a Colombia, cuando llegó invitado por la Universidad del Atlántico para una lectura de su poesía, y en el aeropuerto se encontró una multitud de jóvenes que lo esperaba con una pancarta que decía: "Poeta Rafael

Alberti, los 400 poetas de la Costa Atlántica lo saludan".

Recientemente, quizá a partir del reconocimiento literario que le da Europa a la obra de Álvaro Mutis, las editoriales españolas se interesan por la poesía colombiana y en poco menos de un año ha sido publicada la de algunos de ellos. Uno de estos poetas es Eduardo Gómez, que comienza a publicar al final de los años sesenta, cuando aparece su primer libro, *Restauración de la palabra* (1969). Ya entonces su poesía se distingue por un lirismo riguroso que evita la emoción inmediata, e incita a la reflexión en el contexto de cada verso; desde entonces su vida, como su poesía, ha asumido un compromiso frente a la difícil situación que vive el país, y que en el poema que da título al libro lo afirma:



*Es hora de glorificar a otros hombres y otros hechos. / Es hora de buscar situaciones / en donde la palabra sea necesaria / y de convivir con aquellos / para quienes la palabra es liberación. / Solamente la palabra que ponga en peligro el poder de los tiranos y los dioses / es digna de ser pronunciada o escrita.*